

Acerca de héroes: *Un titán en el ring* de Viviana Cordero

Aida Toledo. Universidad de Alabama

Un titán en el ring se titula el segundo largometraje de la directora ecuatoriana, Viviana Cordero. La película se termina de rodar en el 2002, la filmación la hace Cordero en 35 días, en un pueblo ecuatoriano llamado Mulaló y en la cual participan 120 extras contratados en dicha localidad. Viviana Cordero es además de directora de cine, novelista y dramaturga. Ha puesto en escena algunas de sus obras de teatro que han tenido éxito en el medio ecuatoriano.

Esta película que se roda entera en el Ecuador, con un presupuesto bastante bajo, usando además “colillas” o cortos rollos de película que Hollywood no usa ya, resulta ser una obra de gran valor humano y de tremenda calidad estética. No es casual entonces que la película haya participado exitosamente en el Festival de Huelva en el 2003. La historia contada en la película de la ecuatoriana resulta venir de luzazos de infancia de la directora y de su interés por los personajes de la lucha libre. En casi toda Latinoamérica, antes del fuerte auge de la televisión y otros medios de entretenimiento, la lucha libre fue una de las distracciones esenciales, sobre todo en el interior de los países de esta región. Mulaló es uno de estos pueblos. Allí Viviana Cordero ambienta un hecho cultural, cuya imagen es recurrente y parte de una tradición en Latinoamérica. Son famosos los enmascarados que luchaban cuerpo a cuerpo con otros luchadores, que buscaban arrancarles la máscara y descubrir su personalidad. En este rito cultural entran a funcionar diversos aspectos de las tradiciones y vida de los habitantes latinoamericanos de la primera mitad del siglo xx. A la pregunta de por qué había escogido el tema, Cordero contestó que:

“Cuando era niña adoraba "Los titanes en el ring", un programa de televisión, -la película

es un homenaje a ese programa, a esos luchadores-. Después, en el festival de cine de Bogotá, vi un documental sobre el Cachascán: un luchador rudo entrevistado explicaba lo que significa luchar sin máscara y el repudio que tenía hacia los luchadores con máscara, porque le parecían hipócritas”.

En realidad la directora investigando sobre el tema se encontró con la historia de un luchador mexicano, y aunque no hemos buscado más allá de este dato, ni hablado con ella acerca de este punto central, suponemos que se refiere al célebre luchador-sacerdote Fray Tormenta, que toma su nombre (y su oficio) inspirado en la cinta *El señor Tormenta* (Fernando Fernández, 1962), en la que un sacerdote (Eric del Castillo) se hace luchador para allegarse recursos para sostener una casa-hogar de niños huérfanos.

Su personaje central, el padre David hace efectivamente esto, se disfraza de luchador, usando una máscara porque sabe que ganando estas contiendas adquiere dinero que le ayudará a hacer obras de beneficencia en Mulaló.

Para nosotros, la película de Cordero tiene sus relaciones intertextuales con todo el cine mexicano que se dedicara a la lucha libre. Son famosas las películas del “Enmascarado de Plata”, nombre que recibiera un personaje que se hizo famoso en más de cien producciones mexicanas a lo largo del siglo xx, y que fuera llamado “El Santo.

Suponemos que la producción de Cordero reavivando estos personajes tiene sentido en un lugar como Mulaló, un pueblo perdido entre las montañas, en donde las expectativas de mejoramiento de sus habitantes a distintos niveles es prácticamente imposible. La figura del sacerdote es salvadora, en el caso de la película ecuatoriana y también la de Fray Tormenta, dado que al crearse como personaje de lucha libre, el padre David, adquiere una licencia para vivir otra vida y beneficiar a los niños del lugar. La idea del doble o del

mundo al revés es trabajado por Cordero en la historia de esta película. El entramado de pasiones de un pueblo perdido en el interior de Ecuador, es puesto en escena tomando elementos de la realidad del sitio; sabemos ya que hubo como decíamos antes, la participación de los habitantes del lugar, muy al estilo del Cinema Novo brasileño, además que el espectáculo de la lucha libre contó con profesionales de ese deporte. El espectador es puesto ante escenas de absoluto realismo, los habitantes del lugar ambientan el film sacados de la escena rural, de la vida cotidiana de esa localidad. La película por otro lado no cuenta una sola historia, se debate entre varios hilos narrativos que se van entrelanzando o separando de acuerdo a la trama hurdida por la directora. El sacerdote se convierte de alguna manera en el héroe de la escena, está en ese lugar perdido de Latinoamérica, en medio de pasiones cruciales, que van llevando a los personajes a situaciones degradantes, de las que no podrán salir, no obstante haya pequeños oasis, como el de la lucha libre, en donde el pueblo hace su catarsis colectiva, fenómeno que se ha estudiado ya en cuanto al cine mexicano de la lucha libre.

Viviana Cordero elabora una especie de radiografía de fines de siglo xx. La lucha libre, que fuera el entretenimiento popular, principal durante los años sesenta, en otros lugares de Latinoamérica, se convierte para el pueblo de Mulaló, en una forma de interpretar las agendas políticas de los gobernantes de lugares como el Ecuador, en cuyo interior se siguen viviendo escenas del pasado, como el abuso de los ricos, la explotación de los pobres y campesinos, la falta de oportunidades de mejoramiento de vida de los habitantes provenientes de los espacios rurales. A través de la vida precaria de sus habitantes, de la problemática política y la diferencia de clases que aún persiste, en cuanto a la posesión de bienes o su ausencia, el espectador se encuentra ante un espacio y un tiempo que parecen haberse detenido, en lugares como Mulaló, que son semejantes en otros lugares de

América Latina.

Viviana Cordero contrasta la vida de los habitantes con la de los luchadores. Uno de ellos detesta la máscara, es un hombre rudo, vestido al estilo medieval, que desea enfrentarse y vencer al hombre de la máscara, que en este caso es el sacerdote disfrazado como una especie de “Santo” del cine mexicano. La agenda de los luchadores es muy clara, uno detesta las máscaras porque le parecen parte de la hipocrecía social. Y aunque los personajes del lugar no ahondan en esta situación, ni sean capaces de analizar los niveles de desagrado que esto causa, para el luchador rudo, llevar la máscara se convierte en sinónimo de mentira. El sacerdote por otro lado, debe llevar la máscara para no ser reconocido y poder entrar al negocio de la lucha libre, a sabiendas que es lo único que puede hacer la iglesia por los pobres, integrarse a la economía emergente del lugar. El negocio de la lucha libre lo maneja un hombre que hace dinero también con la venta de drogas. Don Sata representa en el film, a un hombre acomodado y sin escrúpulos, que explota a los luchadores y a los habitantes también en busca de su propio beneficio.

Cordero crea ciertos arquetipos y juega con la idea del bien y del mal, ayudada con la presencia de algunos de sus personajes. El sacerdote es un hombre joven, guapo, con una excelente condición física. Y aunque vemos cierta ironía en el tratamiento de este personaje, no deja lugar a dudas que en él se concentran algunos de los valores positivos del film.

Al final de la película, luego de algunos desastres y muertes, el pueblo continúa su vida miserable y hay cierto desencanto, proveniente de la realidad latinoamericana de principios de siglo xxi, donde es innegable que las agendas políticas para el área latinoamericana no han provocado ningún mejoramiento en las condiciones de vida de sus habitantes.

Pensamos que Viviana Cordero ubica su trama en un espacio rural, porque se hace necesario volver a mirar hacia allá. El desencanto de la modernidad es uno de los temas de la película. Las imágenes rurales decoradas por medio de personajes que sobreviven en estos lugares, nos confirman que a principios del siglo xxi, los proyectos de la modernidad han sido utópicos e inoperantes, y que es posible aún, ver los contrastes y las maneras en que los habitantes de estas localidades se encuentran atrapados en un tiempo, que aún nos recuerda el de los sistemas coloniales, dados como metáfora en la lucha libre, en la que participa toda la población como único medio de recreación social y de interpretación cultural de su realidad.